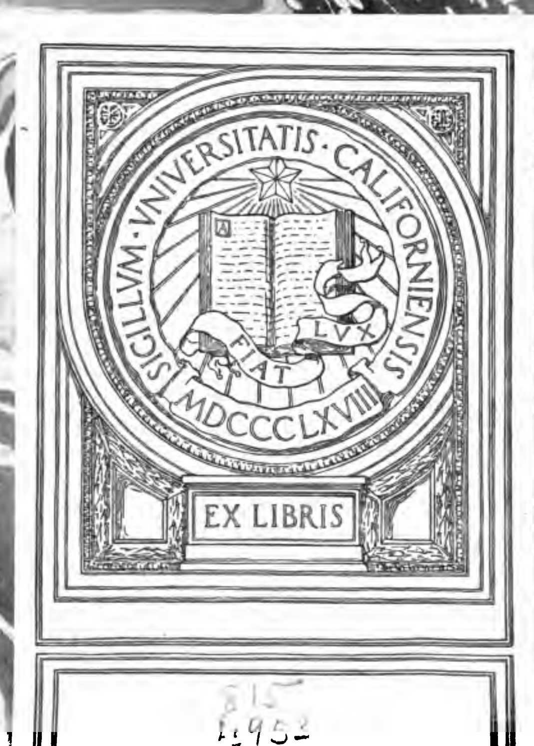

L953
Ss


YA 07048


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
815
L952





DRAMA EN CINCO ACTOS:

Traducido del frances

POR

D. Jacinto de Salas y Quiroga.

Madrid: 1838.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

calle del Amor de Dios, núm. 1.

PERSONAGES.

ENRIQUE.

LUISA. Juez

CECILIA. Estevan

MERIGNAN.

EL CORONEL GRIVEL.

EL PRÍNCIPE DE MIRÉ.

UN AYUDANTE DEL PRÍNCIPE.

JOSEFINA.

MARÍA (niña).

CÁRLOS.

VARIOS CRIADOS, CAZADORES.

La escena es en la casa de campo de Enrique, cerca de Burdeos.

ACTO PRIMERO.

Habitacion decentemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, ENRIQUE.

Luisa. ¿No podré conseguir, querido mio, que me descubras á mí tu esposa, tu mejor amiga, la estraña causa que te trae tan distraido estos dias?

Enr. Distraido!... Sí lo estoy, amada Luisa; puedo jurarte que es sin motivo. Estando á tu lado ¿qué hay en el mundo capaz de llenar en mi corazon y mi espíritu el lugar de tu imágen y tu amor?

Luisa. Bien quisiera que eso fuera cierto; pero... ¿por qué no he de decirte toda la verdad?... Enrique, tengo zelos.

Enr. Zelos!... (*Aparte.*) Si sabrá algo!... Quién habrá podido!... (*Alto.*) alguna estravagancia sin duda!...

Luisa. Y aunque sea una estravagancia ¿no es sagrada desde el momento en que el corazon la prohija?... ¿Por ventura, la muger que, llevada de su cariño escesivo, es injusta una vez en la vida, no merece respeto y aun tal vez veneracion?... El corazon no peca jamas, amado Enrique, cuando, abriéndose demasiado al amor, da cabida á cualquier otra pasion menos noble quizá?...

Enr. Tienes razon, amada mia; pero esos zelos!... son infundados, no hay duda. Tus mismos labios, sin querer, lo han dicho.—

Luisa. Pues, aunque infundados, voy á decirte qué motivo los ha hecho nacer en mí!...

Enr. (*Aparte.*) Yo tiemblo. —

Luisa. Cuando tú eras niño, Enrique, mi pobre madre te amó mucho, tanto casi como á mí. Ah! entonces era yo el objeto esclusivo de tus atenciones, de tus caricias, de tus desvelos. Si yo reía, reías tú; para que tú llorases bastaba que llorase yo. — Crecimos en esta dulce union de nuestros corazones, sin que tú anhelases mas que mi cariño, sin que ideára nada superior á tu afecto. Cuando mi moribunda madre nos llamó á la orilla de su lecho, y bendijo nuestra union, ambos templamos el dolor de ver espirar á aquella santa con solo mirarnos. Parece que nuestros ojos decian en su lenguaje amoroso: "ahora necesito mas de tí" — y que nos respondíamos mútuamente: "te daré mas de mi." — Cumplimos bien tan dulce promesa; yo no me quejo, Enrique, pero muchas veces he pensado que te has contentado hasta aquí conmigo, porque apenas has tratado á mas muger, porque no has tenido casi mas gustos que los que te he querido dar yo. Quieres que te diga lo que me confirma en idea tan estraña al parecer? Te lo diré, querido Enrique. Hace dos años hiciste un viaje á Paris con objeto de conocer á mi padre, á quien separaban de nosotros sus negocios. Arrastrado por la corriente impetuosa de la moda, quisiste tratar á los célebres autores dramáticos que llamaban la atencion á la capital, y sin dificultad lo conseguiste. Los amaste, y creiste que para ser amado era preciso hacer tanto como ellos. Así es que te entregaste al estudio del teatro, y en breve lograste llamar la atencion pública. ¿Qué no lograrias tú con solo intentarlo?... Tus triunfos primeros decidieron de tu suerte; y de una ocupacion, tomada

tan solo por pasatiempo y rivalidad, has llegado á hacer la profesion de tu vida. Yo no te culpo; pero te parece á tí que tienes un corazon sensible, cual si fuera de muger, que la que te ama con delirio, con abnegacion completa, puede no tener zelos de esas hermosas y brillantes heroinas que crea tu prodigiosa imaginacion?

Enr. (*Aparte.*) Respiro. —

Luisa. Alguna vez me digo á mí misma: cuando Enrique con su mágico pincel acaba de trazar una de esas criaturas, que solo él puede idear, ¿qué efecto producirá en su corazon mi natural sencillez, mi vulgar amor? Tal vez se avergonzará de no haber elegido mejor, de no haber esperado á uno de esos seres fantásticos, con cuyo trato tanto se complace.

Enr. Qué estraña creencia, vida mia!... Estos seres fantásticos de que hablas pueden hospedarse en mi cabeza; en mi corazon solo tú moras, solo tú eres capaz de morar. ¿Qué tienen las heroinas que yo doy vida... virtudes... Pero si tú eres la virtud misma, ¿qué puedo desear de aquellas? Belleza?... Cuál en la tierra como la tuya?... Talento?... Quién no envidiaria el que tú tienes? Desecha pues tan infundados temores; es llamarme ciego el creer que no veo tu hermosura, sordo si sospechas que no oigo, que no escucho la armonia de tu voz, mudo si imaginas que puedo bendecir á otra que no seas tú. —

Luisa. No; no lo creo, no lo sospecho, no lo imagino. Si tú me lo dices, me amas, ¿Por qué me habias de engañar con tan dulces palabras?... Si me matases así, tan dulcemente, tendria fé en la fábula, y tú me aconsejas siempre que deseche sus ficciones. Sí, Enrique, creeria que ha habido una Sirena que halagaba para matar.

Enr. Si fuese posible una Sirena, tú la serias, bella

mia, pero solo cuando hablas. Quédate pues alegre, interin voy yo á concluir un acto de un drama que tengo empezado, y que no te leeré porque no tengas zelos de una muger que ha ideado mi fantasía.

Luisa. No importa, no; léeme tu nuevo drama...

ESCENA II.

Alejo 4
f. 4.

LOS MISMOS, MERIGNAN.

Merig. Nuevo drama!... Con que, por fin, Enrique, te dedicas esclusivamente al teatro?

Enr. Sí, Señor.

Merig. Y sigues las huellas de Alejandro Dumas y Victor Hugo.

Enr. Creo que son los dramáticos modernos que mejor han acertado á pintar en la escena las importantes verdades que pueden hacer variar la faz de la sociedad. —

Merig. Pobre jóven!... Llamar verdad á la exageracion; sociedad á la plebe que aplaude siempre que ve arrastrar á un poderoso.

Enr. Cuando los crímenes traspasan la valla de la razon son exageraciones, y no por eso dejan de ser verdades. — Y la sociedad ¿quién la forma? el que oprime, ó el que sufre?

Merig. Uno y otro, Enrique. Es muy noble defender á la víctima, y no culparia yo á esos Señores del dia si no alzasen su voz sino contra la tiranía; pero, Enrique, ellos no combaten sino el poder. Manda el magnate, y aunque mande con justicia es un tirano; oprime el pueblo, arrastra sin razon á sus jueces, el pueblo es justo. Hé aquí la tema de la poética moderna.

Enr. Los hombres miserables que ganan con el sudor de su frente el alimento de sus hijos, y las galas de

sus Señores, nada pueden, y solo cuando, en fuerza de la santidad de su causa, Dios los guia, logran triunfar.

Merig. Dividido el mar gota á gota á nadie ahogaria; pero una parte sola de él basta para anegar una escuadra.

Enr. Que la escuadra no invada el dominio que no es suyo, y el mar no la anegará.—

Merig. Pobre jóven! Teme no ser víctima de tan exageradas opiniones. Andrés Chenier era poeta tambien y mas exaltado que tú, y murió arrastrado por los mismos revolucionarios que él alababa sin cesar; el republicano Alfieri fué republicano hasta que vió las linternas de Paris. Temed, imprudentes, que al pueblo que jamas se sacia cuando se le sienta al festin de la revolucion no le falte alimento. Entonces vuestras vidas tendrán que servirle de manjar.

Enr. Los clásicos eran mas felices, porque al menos sus espectadores dormidos solo los interrumpian con el ruido de sus bostezos.—

Merig. Asi te atreves á calumniar á Racine, al autor de Atalía?

Enr. Dios me libre de tal blasfemia! Atalía es una obra maestra, mas perfecta que el Moises de Chateaubriand; pero el que la ha escrito no podia ser tan severo como vos.—

Merig. Porque yo que no tengo su genio me jacto de ser menos tolerante que él.

Enr. Segun vos, entonces la intolerancia es una virtud.

Merig. Cuando la intolerancia recae en hechos viciosos, sí. — Qué harias tú, hija mia, si tu marido cometiese una falta?

Luisa. Atraerlo á la virtud con dulzura, y perdonarlo.

Merig. Y si no pudieras conseguirlo con el perdon ¿qué harias?...

isa. Qué? perdonarlo.

rig. Tienes razon; tú eres muger. Tú le perdonarias; pero yo... yo lo castigaria.

r. Tendríais valor para ello, Señor?

rig. Hé aquí tus principios desmentidos. El que cree que el pueblo no debe jamas perdonar á un magnate el haber nacido tal, ó haber sabido llegar á serlo, opina que un hombre de bien debe perdonar la culpa. Hé aquí la rectitud de vuestro juicio, jóvenes.

isa. Si en el mundo mandáran hombres como tú, papá, no habria en él un malvado.

rig. No, porque no consentiria que nadie enseñase el vicio.

isa. Papá!

r. Esa es una alusion demasiado amarga. Solo de vos la tolero.

rig. Porque solo yo te hablo con el corazon.

ESCENA III.

LOS MISMOS; JOSEFINA *que entra con* MARÍA.

ef. (*Entregando una carta.*) Hé aquí una carta que acaban de traer para el Señorito.

r. (*Leyendo el sobre y guardándola con precipitacion.*) Ah! ya sé lo que es. — (*Toma el sombrero.*)

isa. Sales, Enrique?

r. Sí, un negocio...

isa. Esa carta...

r. Es de un amigo.

isa. Pero vuelves pronto, no es verdad?

r. Sí. — Hasta luego. — (*Sale.*)

rig. (*Aparte.*) Es estraño! De tres dias á esta parte Enrique nos deja á esta misma hora!...

ria. Buenos dias, mamá; buenos dias, abuelito.

Vecina

Merig. (~~Bostezando~~) Dios te dé el corazon de tu madre!... (~~*Se oye la bocina de caza.*~~)

Luisa. Nuestro vecino el Príncipe de Miré, por lo visto, ha salido á caza tambien hoy.

Merig. Sí, hace tres dias que sale. ~~Lo conoces,~~ hija mia?

Luisa. No Señor; lo único que sé es que, llevado de su pasion estraordinaria por la caza, olvida á menudo que sus vecinos son sus iguales, no sus vasallos ni criados.

Merig. Y vive solo? —

Luisa. Suele acompañarle su sobrino el Coronel Grivel, hombre muy honrado, segun dicen; pero que respeta mas la razon que las prácticas de la sociedad.

Merig. Está soltero?

Luisa. No Señor, parece que está casado con una muger muy amable, delicia de la sociedad de Londres y Paris. — Dicen que canta admirablemente.

Merig. Y están ahora con el Príncipe en su casa de campo esas jóvenes?

Luisa. Creo que sí.

Merig. Voy á leer los periódicos un rato. Y tú en qué te vas á entretener?

Luisa. En dar leccion á mi hija. (~~*Sale Merignan.*~~)

ESCENA IV.

LUISA, MARÍA.

Luisa. (~~*Pensativa.*~~) Qué pensativo salió mi padre!... (~~*Medita un rato.*~~ *A Maria.*) Has traido el Atlas?

Maria. Sí, mamá. — Quieres enseñarme en el mapa el pais en que ha nacido papá? —

Luisa. Aquí está. —

Maria. Y estas rayas qué significan?

Luisa. Todo esto es el mar.

Maria. ¿Y para volver pasó papá toda esta agua?

Luisa. Sí.—

Maria. ¿Y no tuvo miedo?

Luisa. No... Sabes leer el nombre de su pais?

Maria. (*Deletreando.*) La Martinica!—Ya lo sé, ya lo sé!... La Martinica!

ESCENA V.

LOS MISMOS, ESTEBAN, CÁRLOS Y MATEO.

Esteb. Señora!...

Luisa. Qué ocurre?

Esteb. Señora, el Sr. Príncipe de Miró acaba de entrar en el parque con todos sus perros y acompañamiento.

Luisa. No es posible; he dado órden yo de que no se permita la entrada á nadie.

Esteb. Cazadores hay que andan en este momento por la Alameda verde. (*Mirando por entre bastidores.*) Dentro de tres minutos pasarán por aquí.

Luisa. No pasarán. (*A Cárlos y Mateo.*) Tomad esas escopetas, y colocaos allí.—Esteban, tú y tu hermano interceptad el camino que piensan seguir los cazadores. (*Salen.*) Para bien de todos, fuerza es que el Señor Príncipe reciba una leccion.

Cárl. Hé aquí dos cazadores que dejan sus caballos y se dirigen hácia este lado.

Luisa. Colócate á la entrada de la Alameda.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL AYUDANTE DEL PRÍNCIPE, UN CAZADOR.

Luisa. Señores, deteneos; no paseis adelante.

El Ayu. Cómo, Señora!

Luisa. Os digo, Señores, que no paseis adelante.

El Ayu. Pero, Señora, reparad que no hay mas cami-

no que este, y no dejándonos pasar, deteneis la cazería.

Luisa. Eso es precisamente lo que busco yo.

El Ayu. (~~*Al cazador.*~~) Pasemos, diga lo que quiera.

Luisa. Estoy segura, Señores, que no hareis tal, (~~*Indicando el sitio en que están colocados los criados armados.*~~) tanto por consideracion á esas escopetas cargadas, como por urbanidad.

El Ayu. Nos retiramos, Señora.

Luisa. Eso ya lo sabia yo.

El Ayu. Qué muger! (*Salen.*)

Luisa. (~~*A los criados.*~~) Retiraos. (*Se retiran.*)

Esteb. (~~*Al entrar.*~~) Hemos cogido los dos mejores perros de la cazería.

Luisa. Está bien; ponedlos á buen recaudo.

ESCENA VII.

LUISA, MARÍA.

Luisa. Continuemos la leccion, hija mia. En donde estábamos?

María. En la Martinica. ¿Qué edad tenia mi papá cuando vino á Paris por primera vez?

Luisa. Era muy jóven, tan jóven como tú ahora.

María. Y su papá y su mamá?

Luisa. Habian muerto ya; pero sus demas parientes escribieron á mi madre, y esta bendita Señora ha cuidado de él como si fuera madre suya... Si supieras cuanto mi mamá le amaba! Ves esta carterita?

María. Sí, Señora.

Luisa. Mírala con respeto. Sabes lo que contiene?

María. No.

Luisa. Pues encierra una carta de tu abuelita, y esta carta es para tí.

María. Para mí?...

Luisa. Sí, mi madre te ha escrito antes de morir. Mira como dice el sobre á mi nieta María.—

María. Ah! Pues déjamela leer.

Luisa. Todavía no sabes leer sino letra de molde.

María. Pues léemela tú.

Luisa. No, es preciso que esta carta sea un premio para tí.—Cuando sepas leer, iremos una mañana al parque, y cerca del sepulcro de mi madre me leerás tú esta santa carta.

María. Mamá, ese dia no tardará mucho.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL PRÍNCIPE.

El Prín. (*Aparte.*) Veamos y juzguemos por nosotros mismos al enemigo.—(*Alto.*) Señora, tengo el honor de presentarme como plenipotenciario del Príncipe de Miré.—

Luisa. Muy bien venido, Señor plenipotenciario; y se puede saber qué deseais de mí?

El Prín. Un tratado.

Luisa. Con mucho gusto.

El Prín. El Príncipe desea que seais vos misma quien propongais las condiciones del tratado de paz.

Luisa. Os prevengo, Señor ministro, que exigiré mucho.

El Prín. Nos defenderemos hasta dejar el tratado reducido á lo justo.

Luisa. Hay entre la vega y el pueblo inmediato un camino intransitable en el invierno para los labradores. El Sr. Príncipe de Miré tomará á su cargo el componerlo.

El Prín. ¿Quereis por ventura que el Príncipe sea director de caminos?—

Luisa. Mas quiero para tan alto personage. Quiero que sea el bienhechor de estos lugares.

El Prin. Gracias por el cuidado que tomais de la reputacion del Príncipe. Con que concediendo esto...

Luisa. Llenará uno de los artículos del tratado.

El Prin. Cómo!... Hay artículo segundo?—

Luisa. Y tercero. Pero, vamos por partes. El Príncipe acaba de mandar cortar la madera del bosque de Miré. Es preciso que distribuya la mitad de su producto á los pobres de la comarca.

El Prin. Es imposible, Señora, eso es abusar.

Luisa. Será, Señor plenipotenciario, lo que gusteis; pero yo aseguro que abusa mas quien se ofende tan solo porque le ofrecen la ocasion de dar á los pobres una cantidad que se gasta sin reparo la víspera de un festin. Nadie dirá que abusa el que piensa que es mas socorrer á doscientos pobres que divertirse un dia con sus amigos.

El Prin. En fin, Señora, consiento. (*Acercándose á la mesa.*) Dictad.—

Luisa. Vamos, suprimo el tercer artículo por la amabilidad.

El Prin. (*Entregándole el papel.*) Creo que nada falta, ni la firma siquiera.

Luisa. Qué veo!... el Príncipe!...

El Prin. El mismo, Señora, que os perdona tanta severidad en favor de tanta gracia.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ENRIQUE, MERIGNAN.

Enr. Luisa! Luisa! En dónde estás?... Que te vea yo, amada mia!... noble guerrera!...

Luisa Enrique!...

ACTO SEGUNDO.

Un salon de la casa de campo del Príncipe de Miré.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, *que entra con un látigo en la mano.* UN CRIADO.

Voy á verla!... á verla!... en su casa!... mi corazon palpita como si se preparára á estar solo á su lado por la vez primera. (*Al Criado.*) El Sr. Príncipe.

Criad. Está en el jardin, voy á avisarle.

Enr. No os molesteis.—Está la Señora?

Criad. No estoy cierto de ello; pero creo que está tambien en el jardin. Lo veré.—(*Sale.*)

Enr. (*Solo.*) Qué fatalidad! Me adelanto á todos esperando hallarla sola, y... encuentro esto desierto!... No me ha adivinado!... Hoy, enmedio de tanta gente, será todavía imposible hablarla. Verla cerca de mí sin poderla revelar mi pensamiento! Estos obstáculos todos, en vez de un amor dichoso, siembran en mi corazon, en mi cabeza tal vez una pasion ardiente, volcánica... Ah! sí, es fuerza que la vea yo... que la vea mañana mismo! (*Se sienta y escribe.*) Escribámosle... la veré... vendrá.

ESCENA II.

ENRIQUE, CECILIA.

Cecil. Llegué al fin.

Enr. Tú!... tú!...

Cecil. ¿Puede hallarse un espíritu mas obediente? Tu pensamiento me llamaba, aquí estoy.

Enr. Dios te ha inspirado. Empezaba ya á faltarme paciencia.

Cecil. Nunca te sobra, Enrique.

Enr. Reflexiona que hace quince dias que no te veo, quince dias que tu poeta no se ha vivificado á tu sol. Si supieras cómo tu entusiasmo que da color á todo, como esos tesoros de imágenes é ilusiones que has heredado de un mundo mas bello me inflaman, me animan, me hechizan. Para escribir versos de inspiracion, basta verte á tí. Cuánto te agradezco que hayas venido á verme.

Cecil. Una hora hace que estoy maldiciendo, entre dientes, la distancia, el tiempo, tu pureza,... y sin embargo tengo miedo al dia de hoy.

Enr. Y por qué?...

Cecil. Tengo miedo... oh! si!... mucho!...

Enr. Miedo!... y por qué?... y á quién?...

Cecil. A ese anciano cuyos ojos azules están sin cesar escudriñando los pensamientos agenos, cuya frente de bronce se asemeja á la de una estátua.

Enr. Cecilia, tú has cantado esta mañana el tercer acto del Otelo.

Cecil. Mal, sientan ahora chanzas, Enrique. Quieres que lo diga todo. Hace quince dias que me atormentan ideas que jamas habia tenido yo antes de esa visita á tu casa, solo te conocia á tí; — pero desde aquel dia conozco á tu familia.

Enr. Oh! no hablemos jamás de ella, yo te lo ruego. ¿Qué cantarás hoy, Cecilia?

Cecil. *L' Ombra adorata* de Romeo.

Enr. Gracias, vida mia.

Cecil. Yo soy quien debo mas bien dártelas. Hace tanto tiempo que no hago llorar á nadie.

Enr. Cómo asi?...

Cecil. Si supieras qué tormento es para mí vivir en esta casa.

Enr. El Príncipe de Miré es frio, insensible.

Cecil. No, dice que me quiere. Pero las paredes aquí no resuenan, las manos no aplauden. Que mi marido esté ausente ó aquí, yo estoy sola todo el dia. Por la noche, cuando vuelven de caza esos Señores, se arrojan en sus poltronas, y una boca que bosteza me dice: "Cecilia, cántanos algo." Empiezo, y algunos segundos despues todos duermen.

Enr. Impíos!...

Cecil. Yo!... yo!... cuya voz electrizaba á una muchedumbre inteligente; yo que arrancaba lágrimas de entusiasmo; yo que era la diosa, el ídolo de tantas almas!... yo cantar para arrullar á unos altivos cazadores!... Oh!... soy la mas infeliz de las mugeres, porque, ó Enrique, necesito corazones que enternecer, cabezas qué exaltar; necesito conmover como necesito respirar;—las lágrimas que no hago derramar me ahogan.

Enr. Hermosa mia, que acento tan suave!...

Cecil. Así es que cuando, despues de haber pasado un verano, aquí, vi por primera vez en Paris tu espresivo rostro; entusiasta, animado; cuando te colocaste detras del piano, clavando en mí tus miradas lánguidas y penetrantes; cuando oí este acento de admiracion, entonces, ó entonces, Enrique, te he amado, te he amado como se ama un dulce recuerdo, como se ama al que nos vuelva á dar vida, que resucite los floridos dias de la juventud, el aire! el alma!... Enrique, tú has sido mi vida, el soplo de mi segunda vida.

Enr. Y tú qué has sido para mí?... un ángel que pone sus dedos en los ojos de un ciego y les vuelve la luz. Antes de oirte, bien mio, no comprendia yo el encanto de la música, Glück, Mozart, Bellini; esos grandes genios eran para mí como la estátua de Mem-

non en la soledad de las tinieblas. Te ví y el sol se alzó. Has concluido tú la obra de Dios; me has dotado de un sentido nuevo, has dado una hermana á mi musa.

Cecil. Silencio! Gente viene!—

ESCENA III.

CECILIA, ENRIQUE, LUCÍA, MERIGNAN, MARÍA, JOSEFINA, CÁRLOS.

Cecil (~~*Adelantándose á recibir á Luisa.*~~) Iba á recibiros, Señora. Este caballero me daba parte de tan satisfactoria visita. Habeis traido buen viage?

Luisa. Muy bueno, Señora; el camino y la estacion no pueden ser mejores.—

Enr. Habeis venido bien aprisa, porque yo acabo de llegar.

Merig. Hemos traido el paso de siempre.

Cecil. Válgame Dios, y que egoista soy, Señora. Estoy privando á mi tio del gusto que tendrá en veros. Está en el jardin, lo avisaré yo misma.

Luisa. No hagais tal. Servidnos de guia; nosotros iremos á saludarlo.—

Maria. Me quedo ó voy, mamá?—

Luisa. Quédate con tu aya, hija mia.

Merig. (~~*Al tiempo de salir dice baja á Enrique.*~~) Enrique, temo que tu caballo haya enfermado. Está cubierto de espuma.

Enr. No es nada. Tiene ese defecto.

ESCENA IV.

MARÍA, JOSEFINA Y CÁRLOS.

Maria. Qué hago, aya?

Josef. (~~*Enseñando la mesa.*~~) Ah! hay libros, míralos.

(Maria se sienta junto á la mesa y recorre los libros.)

Cárl. Habeis oido hablar del caballo del Señorito? Dicen que está cubierto de espuma. Ya lo creo!... Tres leguas en una hora matan á cualquier animal.

Josef. Y qué prueba esto, Sr. Cárlos?

Maria. (*Mirando los libros.*) No hay estampas.

Cárl. Eso prueba, eso prueba que el Señorito queria llegar aquí temprano.

Josef. Mala lengua!

Cárl. Yo! mala lengua!... si acaso serán malos ojos!...

Maria. (*Revolviendo papeles encima de la mesa.*) Un papel escrito!... si pudiera leerlo!... qué diria mamá?...

Cárl. Creeis, ama, que la Señora sospecha algo?...

Josef. La Señora no sabe que hay personas que engañan.

Cárl. Pues yo estoy seguro que mi amo ha adivinado. Habeis reparado hace un rato?... Que anden listos!

Josef. Aquí viene la Señora!...

ESCENA V.

LOS MISMOS, LUISA, UNA DONCELLA.

Luisa. (*A Cecilia que se queda fuera.*) No permitiré que os molesteis mas. Me basta esta jóven. Voy á dar órdenes á mis criados y vuelvo al momento—(*A Cárlos.*) Decid al cochero que saldrémos esta tarde á las ocho.— (*Sale Cárlos.*)

Luisa. (*A Josefina.*) Lleva estos sombreros al cuarto que te enseñe esta jóven.—

Josef. Voy, Señora. (*Sale Josefina con la doncella. Maria continúa sentada y lee á media voz.*)

Maria. Ce... ci... lia.

Luisa. Qué lees, niña?

Maria. Escucha (*Leyendo.*) Cecilia.

Luisa. Pero ¿qué papel es ese que lees con tanto cuidado?

Maria. Te vas á alegrar mucho: sé ya leer letra manuscrita.

Luisa. Veinte veces me has dicho lo mismo, y nunca ha sido verdad.

Maria. Pues esta lo es (*Enseñándole el papel.*) Mira y escucha. (*Leyendo.*) Cecilia!...

Luisa. Letra de Enrique!... oh! sí, es letra suya. En dónde has encontrado ese papel?

Maria. Lo he encontrado aquí, encima de la mesa.

Luisa. (*Lee.*) Cecilia!... no estás aquí!... ¿por qué no me esperabas?... ya no me amas; quince dias... no sabia yo lo que son quince dias!

Maria. Qué séria te pones. Yo creí que te alegraria ese papel.

Luisa. Sí, me alegra mucho.—Déjame sola—vete un rato con tu aya. (*Luisa deja caer su frente que cubre con sus manos.*)

Maria. (*Sale diciendo.*) Voy á buscar á mi abuelito.

ESCENA VI.

LUISA, *sola.* (*Se levanta.*)

Cecilia!... Cecilia!... quién es esta muger?... no conozco á ninguna que tal nombre tenga. (*Mirando el billete.*) Pero qué es, á bien considerarlo, este billete?... algunas líneas... nada. Pero cómo está aquí?... Por qué sin concluir?... Pierdo el juicio.—¿Cómo se llama la sobrina del Príncipe? Si será ella?... Enrique se ha adelantado, pero... no puede ser, estaban juntos cuando entramos. Vaya... es una locura temblar así... alguna carta de novela... un capricho de poeta. Ha puesto Cecilia como habiera puesto otro

nombre cualquiera. (*Volviendo á leer.*) Cecilia... solo á una muger amada se escribe así, con este abandono.

ESCENA VII.

Luisa y niña
f. 3.
Señor
f. 4

LUISA, MERIGNAN, *un instante* MARÍA, JOSEFINA.

(*Cuando va á salir, entra Merignan conducido por María.*)

Luisa. (*Aparte.*) Mi padre!... á qué mal momento viene!... (*Josefina se muestra en la otra puerta, la niña corre hácia ella, y ambos desaparecen.*)

Merig. (*Acercándose á su hija.*) Qué tienes, hija mia?...

Luisa. Yo! mi padre!... nada, nada.

Merig. Tu hija ha ido á buscarme; me asustó... tiemblas todavía y dices que no tienes nada.

Luisa. Bien sabeis, Señor, que las mugeres nos asustamos á veces sin motivo... los nervios...

Merig. Las mugeres... sí — pero tú, Luisa, no. Cuando tú lloras es señal de que padeces, de que padeces profundamente.

Luisa. Pero, Señor, yo no lloro.

Merig. He oido tus últimas palabras. Esa carta por qué te turba?

Luisa. Por una ligera duda.

Merig. Con que ¿me engañó mi temor?

Luisa. Sí, Señor.

Merig. No me necesitas para nada?

Luisa. Oh! no Señor.

Merig. Y no tienes inquietud ninguna?

Luisa. Ninguna.

Merig. (*Aparte.*) Es preciso vigilar. Si se realizan mis sospechas, ay de entrambos!

Luisa. (*Aparte.*) Conozco mi deber. — Enrique, entre tú y yo nadie, ni siquiera tu padre.

ESCENA VIII.

G.ª Carmen
Alfonso LOS MISMOS, ENRIQUE, CECILIA, EL PRÍNCIPE.
F. Y.

Enr. Luisa!... Señor... uníos á mí para rogar á la Señora...

Luisa. De qué se trata? —

Enr. De que esta Señora cumpla cuanto antes su palabra de cantar, y nos dé el gusto de ir á pasar un dia á casa.

Luisa. Yo se lo suplico tambien rendidamente. (*Le toma la mano.*)

El Prin. No te hagas tanto de rogar, Cecilia.

Luisa. (*Al oir decir Cecilia se retira con presteza haciendo un gesto de horror.*)

Cecil. Qué teneis, Señora.

Merig. (*Aparte.*) Se ha inmutado al oir el nombre de Cecilia.

Enr. y El Prin. Qué es eso?

Luisa. Nada, nada.—Un dolor repentino—pasó ya. (*Ap.*) valor, corazon mio! —

El Prin. Con que, ¿qué haremos antes de comer? (*A Luisa.*) Disponed, Señora, hoy sois aquí la reina.

Luisa. (*Haciendo un esfuerzo por reirse.*) Príncipe, os nombro mi primer ministro.

El Prin. En ese caso propongo á V. M. que vaya á ver el estanque que está al fin del parque, y luego oiga cantar á mi sobrina. —

Luisa. Aprobado. —

Enr. (*Bajo á Cecilia.*) No te vayas, tengo que hablarte. (*A Luisa.*) Vas á prepararte?

Merig. (*Aparte.*) Quiere echarnos — !

Luisa. Vuelvo al instante. Me acompañais, papá — ?

Merig. Voy á pasear un instante por el jardin.

Cecil. (*Sola; Enrique ha salido por la derecha; Merignan por la derecha; Luisa y el Principe por el fondo.*) Tendrá sospechas — !

ESCENA IX.

ENRIQUE, CECILIA.

Cecil. ¿Por qué, Enrique, me has dicho que no me fuese? ¿qué me quieres? —

Enr. Verte un instante, ídolo mio, y pedirte una gracia.

Cecil. Ah! vete; vete al momento.

Enr. ¿Qué teneis, Cecilia?

Cecil. Estoy temblando.

Enr. Tú, y por qué? —

Cecil. ¿No has notado hace un instante el movimiento de horror que hizo tu muger cuando oyó pronunciar mi nombre? No has visto cómo ha soltado mi mano? hubiera dicho cualquiera que habia tocado una culebra; oh! todo lo sabe, todo. —

Enr. No te hubiera tendido la mano si tuviera dudas, por leves que fuesen; tranquilízate.

Cecil. Y su padre que no habla jamas y mira siempre. Sus ojos van sin cesar de tí á mí, de tí á su hija — hay algo, algo hay, Enrique.

Enr. No hay nada, nada.

Cecil. Y si nos ven juntos!.. vete, vete por caridad!

Enr. Me ofreces verme mañana?

Cecil. Sí, pero vete; estámos espuestos.

Enr. Vendrás?

Cecil. ¿Cómo? ¿á dónde?

Enr. A donde no tendrás qué tener miedo — á mi parque.

Cecil. Yo!

Enr. Sí; en el fondo del parque, cerca del estanque de San Mauro hay una puerta pintada de verde; te esperaré mañana á las dos.

Cecil. Es imposible.

Enr. No hay el menor peligro; á las dos mi suegro se encierra en su cuarto, mi muger está con su hija, los criados están comiendo, y hay un cuarto de legua de la casa á la puerta que te indico.

Cecil. Pues bueno, todo, todo; pero, por Dios, vete.

Enr. Oh! gracias. (*Le besa la mano.*)

ESCENA X.

CECILIA, ENRIQUE, MERIGNAN *aparece por la puerta del fondo;* LUISA *á una puerta lateral atando las cintas del sombrero.*

Cecil. (*Bajo.*) Cielos!... su padre!

Enr. (*Bajo.*) Luisa!

Merig. (*Se adelanta con viveza; Enrique saluda á Luisa que se acerca tambien, y dice aparte.*) Ella estaba tambien aquí!! (*Se detiene.*)

Luisa. (*A Cecilia.*) Señora, voy á reñiros.

Cecil. (*Turbada.*) A mí, Señora?

Luisa. He visto la intimidad con que hablábais á Enrique; he visto que os besó la mano dándoos gracias, he adivinado todo.

Cecil. Adivinado!

Enr. (*Aparte.*) Qué va á decir?

Luisa. Sí por cierto; adivinado que habeis concedido á los ruegos de Enrique lo que antes no hemos podido conseguir nosotros. Vendreis á pasar un dia á casa?

Enr. (*Aparte.*) Me ha salvado.

Cecil. Yo... no... sé...

Luisa. Vamos, confesadlo.

Cecil. Este caballero me ha hablado con tanta instancia que no he podido negarme.

Luisa. Estos poetas consiguen todo cuanto quieren.

Merig. (*Aparte.*) Me habré equivocado!

Luisa. Papá, el Principe buscaba á V. para arreglar el viaje. —

Merig. Voy. (*Sale.*)

Luisa. Enrique, hazme el favor de ir á buscar á María, te espero aquí.

Enr. Voy al momento. — (*A Cecilia.*) Mil gracias, Cecilia. —

ESCENA XI.

LUISA, CECILIA.

Luisa. A qué hora, Señora, estais citada con mi marido?

Cecil. Yo, Señora!

Luisa. Ya veis que todo lo sé, por eso no os hago preguntas. — Creeis que me habeis engañado hace un mes? mi padre os habia sorprendido, estábais perdidos, y he hecho por mi rival lo que no hubiera hecho por mí; he mentido — pero acabemos, Señora, acabemos: la hora? —

Cecil. Quién os ha dicho? —

Luisa. Esta carta de Enrique. —

Cecil. Yo no la conozco, Señora. —

Luisa. Que la conozcais ó no, para vos es.

Cecil. Pero, Señora. —

Luisa. Es para vos.

Cecil. Juro...

Luisa. (*Con fuerza.*) Es para vos — Esa turbacion, esa palidez,... todo me confirma en mi temor; es para vos!...

Cecil. Pues bien... Dios mio!... juro no ir á esa cita.

Luisa. Yo, con mi autoridad de esposa ultrajada, os mando ir. —

Cecil. Dios mio!... qué quereis hacer? —

Luisa. Ireis — ?

Cecil. Oh! jamas.

Luisa. Ireis. — Sí, ireis porque sois culpable, porque habeis destruido mi felicidad, y me debeis algo á mí que no os he hecho ningun mal. —

Cecil. Yo! yo! ir á ese sitio conducida por vuestra mano! — Atraerlo allí... no! no!

Luisa. Por compasion á vos misma no me digais mas que no. — Si me entregais á mi desesperacion, con una sola palabra quedo vengada.

Cecil. Me pedís una traicion.—

Luisa. Preguntad á ese espejo si teneis cara de no haber cometido ninguna.

Cecil. Pierdo el juicio.—

Luisa. Oigo ruido. Vienen á buscarnos. Respondedme: ¿A qué hora es la cita?

Cecil. A las dos.

Luisa. El sitio?

Cecil. En el fondo del parque... la puerta verde.

Luisa. Cerca del sepulcro de mi madre! Ireis y me esperareis — Y silencio para todo el mundo — Para todos los vivientes, entendeis? Una sola palabra os cuesta vuestra deshonra.

Cecil. Dios mio!... me muero!...

Luisa. Creeis ser la mas desgraciada? (*Entra el resto de la reunion y salen todos por la puerta del fondo.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

El parque de la casa de campo de Enrique, en el fondo una pared y una puerta verde; á la derecha una capilla y árboles funerales.

ESCENA PRIMERA.

MERIGNAN, *solo.* (*Parece sumergido en profunda reflexion.*)

No, no me habia equivocado ayer!... Luisa ha querido mostrar serenidad, pero en vano lo ha intentado. He visto detras de la inmóvil cortina de su rostro todas las convulsiones que destrozaban su alma! Necesito un consejo sagrado; mis pasos se han encaminado involuntariamente hácia este sitio retirado en que descansa Adela, la mas virtuosa de las esposas, la mejor de las madres. (*Momento de silencio. Se acerca á la capilla.*) 10 de Agosto. Hace hoy 30 años la muger que descansa allí era jóven y bella, feliz con la felicidad que gozaba y me daba á mí...! A esta misma hora estábamos arrodillados delante de un sacerdote y nos decíamos: "Todo y siempre uno para el otro." Durante 24 años tú has sido fiel á tu promesa, Adela, y hace seis fuiste llamada al cielo... Y este es el primer año que puedo celebrar el aniversario de tu muerte, porque el destierro nos separa hasta de los muertos: Adela, esta conversacion con tu ceniza va á ser terrible, pero la sombra de una madre me dará un consejo provechoso para la hija. Adela!... Luisa!... (*Entra en la capilla.*)

ESCENA II.

ENRIQUE; *despues* CECILIA.

(Enrique se encamina hácia el fondo, con viveza, como escuchando.) tres golpes

Las dos!... Me ha parecido oir! (*Se oye llamar tres golpes á la puerta verde.*) Ella es!... (*Abre la puerta y trae á Cecilia á la escena.*) Hermosa Cecilia! qué palida estás!... te ha sucedido algo?...

Cecil. (*Con turbacion.*) Nada; ¡mi marido ha llegado esta mañana. —

Enr. Y ha sucedido algo?...

Cecil. Nada.

Enr. Si es así ¿que tienes?... no puedo entender qué significa esa palidez. —

Cecil. Qué monumento es ese que se distingue al traves de esos árboles?

Enr. Un sepulcro.

Cecil. Un sepulcro!...

Enr. Separémonos de aquí. —

Cecil. No, no nos movamos...

Enr. Este sitio es sagrado en la familia. — Vamos á otra parte. —

Cecil. Al reves — no nos apartemos de este sepulcro. —

Enr. ¡Qué siniestros pensamientos! — ese miedo, ese terror se apodera de mí á pesar mio. —

Cecil. Enrique, preparaos. — La desgracia sacude sus alas sobre nuestras frentes. ¡Dios mio!... No veis cuál se agitan esos árboles? Alguien viene!...

Enr. Cecilia!...

Cecil. Silencio!... escuchemos. (*Le muestra la capilla, y mientras ambos miran de aquel lado, Luisa, vestida de blanco, llega y se coloca entre los dos.*)

ESCENA III.

ENRIQUE, LUISA, CECILIA.

Enr. No hay nada. (*Viendo á Luisa.*) Cielos! Luisa... (*Con turbacion.*) Tú... aquí... cómo?...

Cecil. (*Temblando.*) Hé venido, Señora...

Enr. Qué decís?... Sabíais por ventura?... Qué misterio es este?...

Luisa. Lo habia ofrecido.

Enr. Ofrecido!... y á quién?...

Luisa. A mí.

Enr. (*Irritado.*) A vos!... ah!... eso descubre y pone en claro los presentimientos de esta Señora, sus deseos de que no me alejase de aquí. —

Cecil. No me acuses.

Enr. (*Animándose.*) No es á vos á quien yo acuso. (*Volviéndose hácia Luisa.*) Y puedo saber, Señora, qué papel me destinais? Con qué intencion, con qué derecho me habeis traido aquí? —

Luisa. ¿Con qué derecho? Estamos tres en este sitio, y os atreveis á preguntarme con qué derecho he venido yo? —

Enr. (*Enfurecido.*) Está bien, Señora; y aun cuando os haya dado yo motivos de queja... debiais á otro que á mí pedir una satisfaccion?... ¿Quién, ó qué os da permiso para burlarse de vuestro marido y prepararle un lazo ridículo? —

Luisa. Ah! ¿qué ha hecho esa muger de tu corazon?

Cecil. Compasion, Señora, estoy trémula de terror y arrepentimiento. —

Enr. (*A Cecilia.*) No os humilleis, que no lo toleraré yo. — Venid; mientras esté yo aquí tendreis quien os defienda. —

Luisa. Os atreveréis á ultrajarme así?...

Enr. Ultrage por ultrage. —

Luisa. Silencio, Enrique! — mi madre está allí, temed que nos escuche. —

Enr. La vergüenza debe cubrir vuestro rostro. —

Luisa. El mio!...

Enr. El vuestro, sí, que vos habeis profanado este sitio con semejante escena. —

Luisa. Dios mio!... Tendré que pedir justicia á mi rival? — Decidme, Señora, cuando ayer he sorprendido aquella carta, no podia mostrarla al Príncipe y destrozar vuestro corazon como vos destrozais el mio?...

Cecil. Oh! sí, habéis sido muy generosa! —

Luisa. Cuando ayer delante de todos he sabido que sois esa Cecilia que me mata, toda mi alma se ha conmovido, pidiéndome que me arrojára en los brazos de mi padre y le dijese: "arrancadme de aquí." — No he ahogado el grito de mi corazon con riesgo de mi vida? —

Cecil. Es cierto. —

Luisa. Ayer, cuando estábais los dos solos, y mi padre os ha sorprendido, ¿quién os ha salvado? —

Cecil. Vos!... vos! —

Luisa. Ya oyes, Enrique? y todavía me acusas de haber preparado tu humillacion?... quién soy yo?... Tu honor no es el mio?... Sí, yo soy el que dije á esta muger: "venid." Sí, yo soy la que he escogido este sitio para tal escena; pero sabes por qué?... lo sabes?...

Cecil. Dios mio!... qué martirio!...

Luisa. A un lado la venganza, los zelos crueles, dije; esos sentimientos me mancharian!... los reuniré, añadí, á entrambos junto al sepulcro de mi madre, y cuando estén en tan solemne sitio, cerca de esta sombra augusta y santa, á quien ha jurado Enrique hacerme dichosa, hablaré á mi esposo; y allí, sin que-

jas, sin amargura, diré á entrambos: "yo amo á Enrique arrepentido; no puedo vivir sin él: volvédmelo, volvédmelo."

Enr. Luisa!!

Luisa. Y si su corazon es noble, me decia yo á mí misma, cuando les muestre mi alma llena de amargura, mi felicidad destruida, cuando les diga que muero si no se separan, y les diga eso en tan santo sitio, los ojos llenos de lágrimas y el corazon preñado de sollozos... (*Llora.*) Ah! las lágrimas me ahogan. —

Enr. Siento nacer en mí el remordimiento.

Luisa. Dichosa yo!... Ese es el principio del arrepentimiento. — Hé aquí porque queria que mi madre estuviese allí... allí... Enrique, yo te perdono. —

Cecil. Ah! daria yo mi vida, Señora, por no haberos ofendido. Qué imperio tan absoluto tienen vuestras razones!... Deberia yo estar aterrada de vergüenza, y solo estoy conmovida de admiracion y gratitud. —

Luisa. Llorais!... ah! bien me decia mi corazon; tendrán lástima de nuestro dolor! — Ah! sí! á entrambos os perdono. —

Cecil. (*Despues de cubrir de besos la mano de Luisa.*) Enrique, ¿cómo habeis podido amar á otra muger? No nos volveremos á ver jamas, jamas. — (*Sale por la puerta verde.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, LUISA.

Enr. Luisa! Luisa, (*Se arroja á sus pies.*) huéllame bajo de tus plantas... me aborrecerás. —

Luisa. Levántate, Enrique. —

Enr. No, no me levantaré... qué noble has sido, qué bella has estado!... á esa muger ni una palabra que la humille, á mí que soy tan culpable, ni una re-

prension!... Oh!... besar la huella de tus pies, bañar tus plantas con mis lágrimas, y morir de arrepentimiento y remordimientos, hé aquí lo que debo hacer yo.—

Luisa. Ya te he dicho, Enrique, que te perdono.

Enr. Bendita seas!... ah! sí, perdona y olvida; porque mi desesperacion es tan horrorosa, y te admiro tanto que me parece que no fuy del todo indigno de tí!... Oye, amada mia, hay dos hombres en mí: el uno sencillo y recto que comprende el deber, que ha elevado en su corazon un altar á todo lo que es noble; este te venera y ama, y á mas de este hombre interior y bueno, hay otro insensato, ardiente, bilioso que se embriaga con todo, que vive en la atmósfera que lo rodea, á quien arrastran en pos de sí las artes, que se deja seducir por la armonía, quien el deseo de agradar á cuanto lo rodea y agrada, exalta y vuelve loco. Este es el malo, el que te ha engañado, el que aborrezco yo.—

Luisa. Enrique!...

Enr. Repara á mas que el sol abrasador americano quema mi sangre... mi cabeza, mi maldita cabeza!... pero mi corazon, Luisa, mi corazon, ese santuario de toda afeccion, este sitio oculto, oculto en el fondo del pecho, lo juro, jamas ha hospedado imágen ninguna mas que la tuya. Pues bueno; ahora mi corazon, mi vida, todo se reune para amarte á tí sola. Yo te amo!... yo te amo!...

Luisa. Ah! no pronuncies aun esa palabra; hace daño todavía.

Enr. Sí, deja que la pronuncie, porque ella es mi alma entera. Bien siento en mi corazon que no volveré á ser culpable. En mi ceguedad jamas habia yo reparado que padecias; pero ahora recuerdo que tú llorabas, Luisa!... y si supieras tú lo que es cada una

de tus lágrimas!... A medida que te miro siento en mí morir y desfallecer ese hombre malo de que te hablaba hace poco — y solo quedas tú en mí!...

Luisa. Podré creerte!...

Enr. Oh! Dios mio! una prueba!... una prueba... tener tantas cosas en el fondo del alma y no poderlas mostrar... pero escúchame, mírame; debe haber en los ojos, en la voz algo que diga lo que en el corazon pasa... mírame, pues, todo mi ser no te dice á gritos que te amo!...

Luisa. No me engañes, Enrique — que el deseo de consolarme no te haga exagerar lo que por mí sientes; porque, si despues de haber sufrido tanto, renazco á la alegría para volver á padecer, no podré soportar la vida... moriré.—

Enr. No, vive, alma mia. Esta es la primer pena que te doy, será la última. Tu madre está allí, Luisa; ella vela por nosotros como una sombra querida, como un ángel; ahora mismo nos está viendo, nos escucha... Delante de ella, á ella es á quien juro que jamas volveré á ser causa de que derrames otra lágrima de pena, alma de mi alma, ser de mi ser!...

Luisa. Sí, te creo!

Enr. Juro no volver á dar á nadie la menor parte de mi alma. Mi sangre, mi pensamiento, mi vida, todo en mí será consagrado á cerrar tu herida.

Luisa. Ya te creo, te creo!—

Enr. Y dí, tú dudas de mí!...

Luisa. No dudo ya — olvido — no sé nada; la vida empieza ahora — es la vez primera que te digo: "te amo."

Enr. Vuelves á ser mia, ó cielo!...

Luisa. Sí, soy tuya, Enrique mio!... Oh! como embalsama el corazon la felicidad!... Enrique, vamos á dar un beso á nuestra hija.

Enr. Vamos, vamos. (~~*Se alejan, Luisa muellemente*~~

apoyada en el hombro de Enrique; al momento de salir de la escena se vuelve hácia el sepulcro y dice con solemnidad.)

Luisa. Gracias, ó madre mia!...

ESCENA V.

MERIGNAN; *despues* EL CORONEL GRIVEL.

Merig. (*~~Sale lentamente de la capilla, sigue con la vista á Enrique y Luisa que se retiran.~~*) Saborea largo rato tu última ilusion, hija de mi alma!... Ese juramento que ha hecho Enrique á una muerta, yo vivo lo he recibido. Si falta algun dia á él... (*~~Se oye empujar la puerta verde.~~*) Qué ruido!.. empujan esta puerta... qué puede ser!... (*~~Va á la puerta y sale el Coronel.~~*)

El Cor. Me perdonareis que os pregunte á quién pertenece este parque?

Merig. Al Señor Enrique de Martel, caballero.—

El Cor. Gracias mil por vuestra cortesanía.

Merig. ¿Podré yo atreverme tambien á preguntaros á quién hablo?—

El Cor. Al Coronel Conde de Grivel.

Merig. (*~~Retrocediendo.~~*) Ah!... (*~~Se saludan, el Coronel sale, Merignan le sigue con la vista, y cuando ya no le ve, dice.~~*) Qué pálido estaba!... Somos dos para defender á mi hija!...

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un salon de la casa de campo de Enrique.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, *solo.* (*Está sentado cerca de una mesa, la cabeza apoyada en sus manos.*)

Ah! me maldigo!... me maldigo!... escucho sin cesar allí la voz que me acusa!... Hace un año, un año hoy que he jurado á... ni me atrevo á pronunciar el nombre de aquella á quien he ultrajado... Cecilia!... por qué despues de diez meses de ausencia te he vuelto á ver... á ver sin mi escudo, á verte brillante de gloria... en medio de ese salon... del cual tu voz mágica te hacia reina! Por qué la suerte... Ah! mi infernal imaginacion ha causado todo el mal!... mi orgullo ha querido volver á triunfar de ese corazon que embriagaba los demas corazones... Ella combatia... resistia... me huía... yo he vencido sus remordimientos. Padezco horrorosamente. Dios mio!... Si Luisa supiera... no volveré á ver á Cecilia... mañana me iré... mañana.

ESCENA II.

CÁRLOS *que entra con una carta en la mano,* ENRIQUE.

Enr. Qué hay? —

Cárl. Señor, está hay el arquitecto. —

Enr. Esos son negocios de la Señora, y la Señora está ausente, bien lo sabeis. —

Cárl. Dice que quiere hablar con el Señorito.

Enr. Decid que no estoy en casa, que he ido á buscar á la Señora á casa de su padre.

Cárl. Pregunta cuando volverá la Señora. —

Enr. Dentro de dos dias; de tres... pero que me dejen en paz. — Qué es eso que traes en la mano? —

Cárl. Una carta que me acaba de entregar un labrador.

Enr. A ver. (*Cárlos sale.*)

ESCENA III.

ENRIQUE.

¡Qué mal carácter voy tomando! — (*Abriendo la carta.*) Cielos! de Cecilia. — (*Leyendo.*) "Mi marido lo sabe todo!... Hace un año... desde el dia fatal en que me ha visto salir del bosque me vigila. — Ayer ha sorprendido este secreto funesto. He huido á casa de mi hermana! Tú sabes todas las lágrimas que he derramado de un mes á esta parte, todos los remordimientos que me han destrozado el corazon. No era bastante. ¡Qué va á ser de mí!... Me parece á veces que mi cabeza se trastorna. Moriria si lo volviese á ver!..." (~~*Enrique convulsivamente.*~~) Oh! fatalidad!... fatalidad! Dios quiere nuestra pérdida. No hay medio ya de salvacion. Hé aquí empezada esta terrible lucha. Pues bien, acudiré á mi deber. — Salvemos ante todo á esta infeliz Cecilia. — (*Va á salir.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, CECILIA.

(*La puerta se abre, una muger cubierta con un velo entra: se descubre.*)

Enr. Cielo! Cecilia! —

Cecil. Sí, Enrique. —

Enr. Tú aquí. —

Cecil. Sí, yo: como he venido, no lo sé; pero yo estoy perdida, vengo á que me defendais, no tengo mas apoyo. —

Enr. Habla, habla.

Cecil. Ayer, ya lo sabeis, temerosa y asustada de su furor, me he refugiado á casa de mi hermana, en donde he pasado la noche. Empezaba á respirar cuando esta mañana...

Enr. Esta mañana...

Cecil. Esta mañana de repente ha llegado hasta mis oidos una voz....

Enr. Era la suya.

Cecil. Sí, la suya era, Enrique, la de mi marido que me llamaba con rabia! una amenaza horrorosa!... ah! entonces el temor se apoderó de mí!... mi razon se ha perdido... he tomado este velo, me he precipitado al campo, he corrido aquí, y me arrojo á vuestros pies rogándoos que me defendais.

Enr. Sí, yo te defenderé, te defenderé contra todos. Te amenaza...

Cecil. Sí, no quisiera mas que mi muerte!... pero peor que eso, alguna vergüenza eterna, algun suplicio sin fin.

Enr. Y no poder desafiarlo...

Cecil. Cómo! Cielos! Vos batiros con él! un desafio!... una muerte tal vez!... me voy... me voy.

Enr. No te irás tal. —

Cecil. Oh! todos los remordimientos llegan á la vez. — Y tu muger, Enrique?

Enr. Ya sabes que no está aquí, y mi deber es protejerte. —

Cecil. Te perderás. —

Enr. No importa.

Cecil. Me voy.

Enr. Tranquilízate, Cecilia, estoy solo; puedo salvarte — á dos leguas de aquí, una tia anciana...

Cecil. Abandonarte.

Enr. Nadie sabrá tu retiro: y dentro de algunos dias...

Cecil. Pues bueno, sí, sí... pero pronto, al instante... Enrique, gente viene. — (~~*Se oye ruido. — Enrique va á la puerta.*~~)

Enr. (~~*Con violencia.*~~) Qué buscais?

ESCENA V.

ENRIQUE, CECILIA, CÁRLOS.

Cárl. Señor...

Enr. Qué?

Cárl. El Señor y la Señorita se acercan.

Enr. Es imposible.

Cárl. He conocido perfectamente el carruage y el mayoral, pero al momento saldreis de dudas.

Enr. Bueno, allá voy. (~~*Cárlos sale.*~~)

Cecil. Perdida!... perdida sin recurso. —

Enr. Valor, que bien lo hemos menester.

Cecil. Morir!... morir!...

Enr. Cecilia, no estoy aquí yo? Entra en este despacho; dentro de minutos todo estará listo.

Cecil. Ah! yo me muero. —

Enr. Por Dios. — Entra (~~*La hace entrar en el despacho, toma la llave, y se dirige á la puerta del fondo.*~~) Oh! concluiré de una vez con tan horrorosos tormentos.

ESCENA VI.

ENRIQUE, LUISA, MERIGNAN, JOSEFINA, MARÍA.

Luisa. Enrique, mi querido Enrique! —

Enr. Luisa! (~~*Besa á Maria.*~~) Hija mia!...

Merig. No nos esperabas tan pronto, Enrique.

Luisa. No he podido esperar hasta el fin de la semana; ocho dias sin verte es demasiado.

Merig. Ingrata!... y estando con su padre!

Enr. Gracias, Luisa.

Luisa. No me des gracias: es mero egoismo... de un año á esta parte me he acostumbrado de tal modo á ser feliz, que la dicha es una necesidad para mí! —

Merig. Yo me voy á ver mi jardin con María. Hasta luego.

Luisa. Al momento voy yo tambien, papá.

Merig. No te des prisa; jamas me fastidio lejos de tí, sabiendo que eres feliz. —

ESCENA VII.

LUISA, ENRIQUE.

Luisa. Ya estamos juntos! juntos!... Enrique, te alegras tanto de estar aquí como yo? —

Enr. Luisa!

Luisa. Solo en la ausencia conoce uno todo su corazon. Oh! como te amo, Enrique, y tú?...

Enr. A qué contestarte?

Luisa. Tienes razon. Qué dulce es volver! —

Enr. (*Aparte.*) Su gozo me hace daño. —

Luisa. Pero, decidme, mi poeta, qué habeis hecho durante mi ausencia?... porque te he dejado para que trabajases — está concluido nuestro cuarto acto? —

Enr. (~~*Revuelve papeles de la mesa.*~~) No, todavía no está empezado.

Luisa. Perezoso!... Versos!... léemelos tú.

Enr. No, hija mia, asi que esté concluido.

Luisa. Qué! no estoy acostumbrada á ver tus obras sin concluir! (~~*Leyendo.*~~) A Blanca... otro nombre que el mio!... Es preciso que me des zelos aunque solo sea en verso. — Injusto.

Enr. Luisa! —

Luisa. Ya ves que no padezco, pues que te hablo de ello. Te lo confesaré?... Creia yo que años enteros no bastarian para borrar tan crueles huellas, — pues bueno, un año solo ha bastado... todo ha desaparecido. — Me apoyo en tu brazo, como si jamas hubiera padecido: tengo fé, soy dichosa.

Enr. (*Aparte.*) Qué suplicio!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, JOSEFINA.

Josef. Dios mio! Dios mio!... qué significa esto?

Luisa. Qué tienes? estás trémula? —

Enr. Ah! viene alguien á socorrerme? —

Josef. Ya sabeis, Señora, que debia colocar los libros que habeis traido en los estantes. El Señor habia tomado algunos y marchaba delante; entré en el corredor, cuando él llegaba al fin, á la otra puerta del despacho. —

Enr. (*Aparte.*) Está perdida! —

Josef. Abrió la puerta, dió un paso para entrar, se retiró con precipitacion, cerró, dudó un momento y se dirigió á su cuarto. —

Enr. (*Aparte.*) La ha visto! —

Luisa. Y es eso lo que te hace temblar? —

Josef. Esperad un momento; yo tambien llegué; quise abrir. — La puerta estaba ya cerrada por dentro, ¿qué he de pensar de esto? —

Luisa. Que al cerrar mi padre con precipitacion ha descompuesto la cerradura.

Josef. Pero ¿por qué no ha entrado? —

Luisa. Sin duda porque ha cambiado de parecer. Pero, mira, vieja miedosa, vamos á entrar á ese horroroso despacho por esta puerta.

Enr. Sí, pero... la llave se ha estraviado... no he podido hallarla esta mañana.

Luisa. No importa: tengo aqui mi llave maestra de oro que entra...

Enr. (*Aparte.*) Cielos! (*Alto.*) Pero, Luisa...

Luisa. Déjame convencerla. (~~*Se acerca y prueba su llave.*~~) Me he equivocado; no abre.

Enr. (*Aparte.*) Respiro!...

Josef. Ves, Luisa.

Luisa. Veo que mi llave no abre; crees acaso que el espíritu maligno ha venido á habitar en la cerradura?

Josef. Hazme burla, sí; pero algo estraordinario hay allí.—

Luisa. Pues vamos á vestir á la niña, y tú irás despues á buscar quien abra. Te quedas, Enrique?

Enr. Voy al momento.—

ESCENA IX.

ENRIQUE, *solo*; *despues* CÁRLOS.

Enr. Luisa! Cecilia! oh! es necesario hacer algo. (~~*Se sienta al bufete.*~~) Escribamos á mi tia. (~~*Llama. Cárlos entra, le habla y sigue escribiendo.*~~) Dentro de diez minutos los caballos al coche, y el coche en la puerta verde del bosque.—

Cárl. Bien, Señor.

Enr. Cuando esté todo listo ven á avisarme.

Cárl. Está bien, Señor.

Enr. Una Señora te entregará esta carta y llevarás á entrambas á donde dirá el sobre.

Cárl. Muy bien, Señor.

Enr. Para hablarme espera que esté solo; y de todo esto no hables jamas una palabra.

Cárl. Así lo haré, Señor. (~~*La pone sobre la mesa.*~~)

Enr. (*Dobla la carta, y Cárlos sale.*) Oh! la salvaré, la salvaré. (*Cárlos vuelve.*)

Cárl. (*Anunciando.*) El Señor Coronel Grivel.

Enr. Él! Maldita suerte! todo á la vez! Oh! cuánto lo aborrezco! —

ESCENA X.

Jimenez
Criado f. 2.

ENRIQUE, EL CORONEL.

El Cor. (*Entra seguido de un criado, y le dice alto.*) Quédate ahí. (*El Coronel y Enrique, despues de saludarse, se miran un rato en silencio.*) Caballero, nos vemos por vez primera, pero nos conocemos hace tiempo. —

Enr. Cómo así, caballero?

El Cor. Voy á decirlo francamente. Señor, vos sois el amante de mi muger.

Enr. Quién se ha atrevido á decir ?...

El Cor. Estaba seguro que no contestaríais ni sí, ni no, por eso no pregunto nada. (*Mostrando cartas.*) Tengo pruebas.

Enr. Entonces, Coronel, qué quereis? batiros!... me alegro infinito! qué armas! qué sitio!...

El Cor. Vos me desafiais. Pues no, Señor, no quiero batirme.

Enr. Me engañaron entonces cuando me dijeron que sois valiente.

El Cor. Porque soy valiente y estoy dando todos los dias pruebas de ello, no quiero batirme por una muger á quien desprecio, y á quien puedo castigar de otro modo.

Enr. Seríais capaz de atacar á un sexo que no puede defenderse, hallando á un hombre por medio ?

El Cor. ¿Quereis burlaros de mí con vuestras frases caballerescas? Y quién sois vos á todo esto, Señor mio?

Cómo! porque habeis tenido descaro y desvergüenza para seducir á mi muger quereis ahora que os haga el honor de medir mi acero con el vuestro? Pues decidme; si mañana un hombre me roba, no felicidad, sino solamente dinero, será necesario que me bata con él—?

Enr. Coronel, esas son tranquillas que pone el miedo. Vamos pues.

El Cor. No, Señor, no estoy de ese humor. Quereis, si la suerte os favorece, matarme, y hacer burla del difunto con la viuda. No, Señor, no soy tan sandio. No me bato con personas á quienes puedo enviar á un presidio.—

Enr. Cómo! tendría V. la bajeza...

El Cor. Sí, Señor, tendré la bajeza de vengarme. Hace bastante tiempo que los maridos viven ridiculizados —ahora os toca á vosotros, señores amantes. Es necesario que un hombre de corazon os marque con el sello de la ignominia. Un pleito, entendeis, un pleito que desnude de poesía esos hurtados amores. Es necesario dar dos cuartos al pregonero, como suele decirse; pues yo se los daré.—No faltará quien me imite.

Enr. Entonces ¿que me quereis? qué venís á buscar á mi casa?

El Cor. Vengo á buscar á mi muger.

Enr. Aquí, Coronel? —

El Cor. Aquí, caballero, aquí, por la razon sencilla de que está aquí. —

Enr. El que lo ha dicho ha mentido. —

El Cor. Pues ese que lo ha dicho y dice soy yo, porque yo la he seguido y la he visto entrar aquí; con que, repito, que me hace falta mi muger.

Enr. Y creeis que si estuviera aquí sería bastante cobarde para entregarla?

El Cor. Lo habeis sido para corromperla.

Enr. Esos son insultos, caballero.—

El Cor. Uno por mil, amigo.

Enr. Os mando que salgais de mi casa.

El Cor. Sé lo que tengo que hacer. (~~*Llamando.*~~) Antonio!... (~~*El criado del Coronel entra, le habla bajo; Antonio sale.*~~)

Enr. Qué haceis?

El Cor. En breve lo sabreis. — Como no quiero que la dejeis escapar, no me separo de aquí. —

Enr. Y creeis que lo aguantaré yo? Si no salís de aquí os declaro que os obligaré á batiros; una ofensa pública...

El Cor. Me dareis una bofetada? Este brazo que ha manejado diez años el sable desharia esa mano que apenas puede con una pluma.

Enr. Eso lo veremos. (~~*Va á precipitarse á él cuando entra Merignan.*~~)

ESCENA XI.

ENRIQUE, EL CORONEL, MERIGNAN.

Enr. Mi suegro!

Merig. Enrique, tengo que hablarle, (~~*Al Coronel.*~~) tengo que hablar á solas á mi yerno, caballero. —

El Cor. Habladle cuanto gusteis, pero yo no me separo de aquí. —

Merig. Tengo que hablarle sin testigos.

El Cor. Corriente, pues entonces abriremos la puerta, y yo me iré á fuera, pero sin perder de vista al Señor. (~~*Sale y se le ve pasar á cada momento delante de la puerta. — El resto de la escena en voz baja.*~~)

Merig. He visto y conocido á la muger que está en el despacho.

Enr. Ya lo sé, Señor.

Merig. Mas tarde diré lo que me parece de eso; por ahora salvemos á mi hija. Ha salido esta muger?

Enr. Todavía no.

Merig. Es necesario que salga.

Enr. Sí, esta noche.

Merig. No, al momento, al momento. Luisa sospecha ya; va á mandar descerrajar la puerta, es necesario que no hallen á nadie dentro.

Enr. Sea, pues quereis salvarla.

Merig. No por ella, no por tí — solo por mi hija.

Enr. Un carruaje la espera al fin del parque; haced que salga por la puerta que cae á la galería.

Merig. La galería está llena de gente, es preciso que salga por aquí!... —

Enr. Es imposible. No veis al Coronel, á su marido? Ya sabe todo; ha venido á pedirme su muger.

Merig. Lo único que yo sé es que dentro de cinco minutos abrirán la otra puerta, y mi hija descubrirá todo.

Enr. Un verdugo parece que está esperando á esta muger.

Merig. Esta muger es criminal; si es castigada, sufrirá su pago — pero mi hija es inocente.

Enr. Pero haceos cargo que si sale por aquí cae en manos de un marido que no perdona.

Merig. Pues yo te digo que si no sale puede mi hija morir de desesperacion. Es necesario pues que salga.

Enr. Pues, Señor, puesto que todo el mundo se conjura contra esta muger — suceda lo que quiera — la defenderé yo.

Merig. Abre esta puerta ó la abro yo.—

Enr. No entraréis.—

ESCENA XII.

LOS MISMOS, LUISA, JOSEFINA.

Luisa. Enrique, sabes lo que pasa? Soldados y Alguaciles invaden la casa.

Enr. Alguaciles!...

Luisa. ¿Qué hay, pues?.. por compasion dímelo, qué sucede? No respondes, Enrique? Y vos, papá, tampoco. Ah! es horrorosa esta incertidumbre.

Merig. Vámonos de aquí, hija mia.

Luisa. No, no.—

Merig. Entonces valor.

Luisa. Valor, pues qué sucede? Vienen á prender á alguno de los dos?

Enr. (~~*Viendo al Coronel.*~~) Coronel Grivel, sois un cobarde.

El Cor. (~~*Con serenidad.*~~) Teneis esa opinion... eh?

Luisa. El Coronel Grivel!—

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, UN JUEZ.

El Juez. El Sr. D. Enrique de Martel.—

Enr. Yo soy; pero con qué derecho?

El Cor. Cumplid con vuestro deber, Señor Juez.—

Enr. El Señor manda.

El Juez. En nombre de la ley ordenamos que D. Enrique de Martel entregue en vuestras manos la muger que tiene oculta en su casa.

Luisa. Una muger! Una muger!... Qué muger es, Enrique?

El Cor. Voy á decirlo yo, Señora.

Enr. Qué! no respetareis nada?

El Cor. Y ~~qué~~ habeis respetado vos, caballero? Esa muger, Señora, es la mia, la querida de vuestro marido.

Luisa. Teneis pruebas?

El Cor. Tengo cartas.

Luisa. (~~*Con precipitacion.*~~) De qué fecha! de qué fecha!—

El Cor. Del mes pasado, de la semana última.

Luisa. Y esa muger está en mi casa!... infamia! (~~*Arrojándose en los brazos de su padre.*~~) Oh! mi padre!... (~~*Cae sobre un sillon cerca del bufete.*~~)

Enr. (~~*Al Coronel.*~~) Os mataré.

El Cor. Si podeis. (~~*Al Juez.*~~) Continuad.

El Juez. Y en caso de no obedecer, haremos una visita por el interior de la casa.

Enr. Jamas! jamas! Esa muger no está aquí. Vos no teneis derecho de entrar por fuerza en mi casa.— Digo que no.—

El Juez. Os equivocais, caballero, y toda resistencia es inútil. Evitadnos el trabajo de una violencia escusada; servidnos de guia, si no quereis entregar á esa Señora.—

Enr. Oh! por todas partes el deshonor. (~~*Mirando á Luisa que aprieta violenta la carta y la llave en la mano.*~~) Dios mio! mi última esperanza! (~~*Al Juez.*~~) Voy al momento, caballero. (~~*Se acerca al sillon en que Luisa ha caido despechada, y mirando la llave y la carta dice en voz baja que ella puede oir.*~~) Ella está allí.—Mi criado la espera. Esta llave! y esta carta! y se salvaria!—(~~*Mira algunos instantes á Luisa que ha alzado la cabeza.*~~) (~~*Al Juez.*~~) Vamos, estoy pronto. (~~*Salen todos, menos Luisa.*~~)

ESCENA XIV.

LUISA, *despues* CÁRLOS Y CECILIA.

Luisa. (~~*Llama, entra Cárlos.*~~) Tu amo te ha dado órdenes, está todo listo?

Cárl. Sí, Señora.

Luisa. (~~*Abre la puerta del despacho. Cecilia se precipita á la escena en el mayor desórden.*~~) Idos, Señora, idos.

Cecil. Vos, Señora!... Vos.

Luisa. Idos os dije.—Este criado os servirá de guia. Aquí está la carta.

Cecil. Ah! Señora.—

Luisa. Ni una palabra mas! — Ni una mas! — (~~*Cecilia sale con Cárlos.*~~)

ESCENA XV.

LUISA *un instante sola*; *despues* MERIGNAN.

Luisa. (~~*Despues de un instante de silencio.*~~) Y ahora no pensemos mas que en mi hija. —

Merig. (~~*Entrando con precipitacion por el despacho.*~~) No está:... (~~*Se acerca á Luisa; esta lo ve, y le tiende la mano. Merignan la aprieta con afeccion, y le dice conmovido.*~~) Hay misteriosos y profundos consuelos en el cumplimiento de un deber, por generoso que sea... Y en épocas bien crueles, he esperimentado una gran dulzura al sentir á mi lado un ser que sufriera mis dolores, los sufriese conmigo y tuviese orgullo de verme arrostrar tan terribles penalida-

des. Déjame decirte que has obrado bien! y que me considero feliz, porque soy tu padre.

ESCENA XVI.

G. Jimenez 3ª p.ª

LOS MISMOS, ENRIQUE, EL CORONEL, EL JUEZ.

Enr. Estais satisfecho, caballéro?

El Cor. Es cierto que no la hemos hallado; pero todavía no habeis triunfado?

Enr. No olvideis que os espero. (*El Coronel sale con el Juez. Enrique va al bufete en que no halla ni la carta ni la llave, y dice á media voz con un sentimiento de gratitud.*) Se salvó. — (*Corre y se precipita á los pies de Luisa.*) Luisa!... (*Luisa se levanta al oir su voz, le arroja una mirada de desprecio y sale sin contestarle.*)

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

Una habitacion de casa de Enrique, salida al fondo; puertas laterales, una mesa en un rincon de la escena: otra al fondo.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, JOSEFINA. (*Luisa está sentada, Josefina la mira con temor.*)

Josef. Desde ayer no ha tenido un solo instante de descanso... retirada en esta habitacion, al lado de su padre, no quiere ver á su marido,... y las órdenes que me ha dado!... no me atrevo á adivinar su proyecto.—

Luisa. (*Sin hablar á Josefina.*) Y mi padre?... mi padre que no viene?...

Josef. (*Acercándose.*) Señora, mi amada Señora... no me responde!... ah! Dios mio! Dios mio!... Y el padre de vuestra hija, vuestro marido?

Luisa. No pronuncies ese nombre.

Josef. No lo volvereis á ver?...

Luisa. Verlo!...

Josef. Oh! tiemblo... qué agitacion en sus facciones— ¿qué va á suceder?—

Luisa. No puedo permanecer aquí.—Me muero! Josefina, en dónde está mi padre? Ves á buscarlo.—Dile que venga pronto. (*Sale Josefina.*)

ESCENA II.

LUISA, ENRIQUE.

Enr. (~~*Entra con precipitacion.*~~) Qué significa lo que acaban de decirme? Es cierto! esas órdenes?... esos preparativos!...

Luisa. Me voy con mi padre á su casa.

Enr. Irte! —

Luisa. Nos separamos.

Enr. Separarnos?... Escucha, Luisa, aunque sea cosa grave desunir dos existencias ligadas por tantos años, si no se tratase mas que de tí y de mí, y si tú me dijeras quiero irme, me callaria y moriria. Pero hay entre nosotros un lazo mas sagrado que los demas, lazo indisoluble... nuestra hija. —

Luisa. La llevo conmigo.

Enr. Arrancarme mi hija!...

Luisa. Por arrancártela á tí me la llevo.

Enr. No es posible. Nadie puede quitar una hija á su padre.

Luisa. Un padre sacrifica todo porque su hija tenga orgullo en nombrarlo padre. — Un padre vive noblemente para que la hija pueda vivir con él; un padre quiere ser estimado para que su hija sea estimada por respetos suyos. — Y te atreves todavía á invocar el título de padre — ?

Enr. Sí, lo invoco! Lo invoco para protejerla!... Olvidas por ventura como pide el mundo á la hija una cuenta rigurosa de la separacion de sus padres, y que esta separacion que es á menudo un crímen para ellos, es una mancha para la hija.

Luisa. Todo es mejor para ella que vivir cerca de un padre cuyo ejemplo cubriera su rostro de rubor.

Enr. Luisa!...

Luisa. Oh! tú respetarias el lecho de tu hija como has respetado el hogar de tu muger.

Enr. Y crees tú que me dejaré robar toda mi felicidad?

Luisa. Desgraciado! queria callarme, ó al menos no hacer hablar mas que la dignidad y la razon; pero puesto que te atreves á invocar tu felicidad perdida... ¿Es necesario pues que despedace mi alma á tus ojos para mostrarte todos mis dolores, todas mis agonías? No sabias tú que te he amado como nadie ama! que eras tú mi gozo, mi orgullo!... que te adoraba hasta el punto de tener miedo de mi cariño, hasta el punto de decir: Dios mio, perdonarme, creo que la amo mas que á mi hija.

Enr. Por compasion, Luisa.

Luisa. No, verás correr toda la sangre de la herida. En lugar de mi ídolo ¿qué he hallado? uno de esos hombres, justificando sus desórdenes con decir: "yo soy así"—y buscando pretestos y salidas á sus faltas en las máximas de un mundo corrompido y cobarde. Sí, cobarde... Si cede una infeliz muger, por debilidad, por desesperacion á veces á una pasion criminal... la vergüenza y el desprecio es para ella!... Pero si un marido introduce á su querida en su casa, y sus desórdenes traen á los jueces bajo el lecho conyugal, eso no es nada!... que una muger de bien, de pundonor, se sienta profanada en todo su ser, eso no es nada!... nuestra alma se destroza, nuestro corazon brota sangre, padecemos, morimos... eso no es nada!... escucha, repito que los hombres son unos cobardes.

Enr. Dime cuanto quieras; pero no te vayas.

Luisa. Déjame!... no te quiero escuchar mas... ya no te

creo... has mentido... mentido á las cenizas de tu madre!... tú, el guardador de la pureza de mi corazon, tú la has empañado mostrándole vicios que le eran desconocidos; tú me has quitado toda mi fé, todo mi amor...—Dudo de todo, hasta de mi padre dudo, de mi hija!... has asesinado mi alma. Ah! vete!... vete.

Enr. No, no me voy!... soy indigno de perdon, lo sé... pero soy padre, soy marido; yo no me dejaré arrebatar mi muger y mi hija.... Luisa... no me dejes sumido en la desesperacion. No me recuerdes que puedo decir: te lo prohibo!—

Luisa. Arrostraré tus órdenes, porque has perdido el derecho de darme órdenes.

Enr. No tengas tanta confianza... si tu voluntad es tan fuerte como la mia... hay un poder mas fuerte que el de los dos, y que yo invocaré contra tí para quedarme con mi hija.

Luisa. No te atreverás.

Enr. A todo me atreveré para no perderos á entrambas.

Luisa. Me voy.

Enr. Luisa!—

Luisa. Me voy.

Enr. (*Tomándola por la mano.*) Pues bien... yo no quiero! Voy á buscar á mi hija... (*Sale.—Durante los últimos momentos de la escena, Josefina, asustada, permanece en el fondo del teatro.*)

ESCENA III.

LUISA, JOSEFINA.

Luisa. (*Permanece un instante inmóvil.*) Mi hija!... alguna gran desgracia nos espera!...

Josef. ¡Pobre Señora mia!... qué intenta?... mataros?... Por qué os manda permanecer aquí!... cómo podeis ser testigo de ese horroroso pleito.

Luisa. Dios mio!... qué pleito?

Josef. El Coronel Grivel realiza la amenaza que os ha hecho... persigue á vuestro marido delante de los tribunales. (*Merignan entra.— Josefina sale.*)

ESCENA IV.

LUISA, MERIGNAN.

Luisa. Oh! padre mio!... mi padre!... sacadme de aqui. Quiero irme; quiero irme.

Merig. ¿Qué tienes, hija de mi corazon?

Luisa. Estamos deshonrados. ¿Habeis visto lo que ha sucedido ayer?... Ese hombre me ha asesinado: ahora mismo acaba de mandarme que no me separe de aqui. Y como si esto no fuese bastante, me han dado la noticia de que ese infame pleito...

Merig. Ya sabia yo esta desgracia, pero he tratado de evitarla.

Luisa. Oh! todo lo hubiera yo soportado: desgracia, desesperacion, lágrimas eternas... pero eso!... eso!... ver mi nombre, el vuestro, entregado á los tribunales!... ver mi casa abierta á las miradas del público!... las penas del corazon mezcladas á una sentencia!... ah! corramos, ó mi padre!... á mil leguas de aqui.

Merig. Hija mia, ten valor.

Luisa. Valor! Y es posible tener valor contra la vergüenza!... Oh! si no tuviera una hija!...

Josef. (~~*Anunciando.*~~) El Sr. Coronel Grivel. —

Luisa. Ah! (~~*Luisa sale con Josefina, el Coronel entra.*~~)

ESCENA V.

MERIGNAN, EL CORONEL GRIVEL.

El Cor. Vengo á recibir vuestras órdenes.

Merig. Dispensadme, Coronel, si os he rogado que os tomáseis la molestia de pasaros por mi casa. —

El Cor. Comprendo y aplaudo que el suegro del Sr. de Martel no quiera dejar á su hija sola con semejante ente. —

Merig. Vos sois, caballero, hombre justo y hombre de honor.

El Cor. Por tal me hè tenido siempre. —

Merig. El que hace lo que hicísteis vos ayer es enérgico y áspero, pero tiene tambien un corazon al cual se puede hablar; esto me mueve á pediros sin temor una gracia.

El Cor. Seré franco... lo siento mucho, pero creo que no podré concedérosla.

Merig. Espero que sí. — Quisiera que hablásemos acerca del pleito.

El Cor. Ya sospechaba yo que de eso se trataba.

Merig. Vos sois militar, sois gefe... si mañana os insultase un soldado...

El Cor. Lo mataria.—

Merig. Y si en el momento en que fuéseis á descargar el golpe, tomase vuestro ofensor un niño y lo colocase delante de su pecho, atravesaríais el cuerpo de aquel inocente para matar al criminal.—

El Cor. Señor mio, yo no soy retórico; — dejemos al soldado y al niño, y vamos á nuestro hecho. Lo que vos quereis es que renuncie á ese pleito. Oid lo que,

en contestacion, voy á deciros; por una corona real no desistiria de mi empeño.

Merig. Por una corona real lo creo; pero por salvar una existencia!... sí, salvar!... Coronel, es una causa de vida ó muerte la que defiendo ante vos, y al dirigiros mi súplica entended que la dirijo á un juez que tiene en su mano la suerte de tres seres. Sé todo lo que ha padecido vuestro honor...

El Cor. Mi honor!... Yo no me encuentro deshonrado en lo mas mínimo!... Mi honor es mas sólido que eso; pero pues que ese mequetrefe me ha hecho daño, quiero hacérselo yo ahora, así quedaremos en paz.

Merig. Pero, Señor, ese hombre no es solo.

El Cor. Así será mas completa mi venganza, y que la deseo con todas las veras de mi alma, no lo dudeis. Aborrezco á vuestro yerno, y he escogido este castigo para mejor herir su orgullo, ofender su vanidad.

Merig. Sois injusto con vos mismo, Coronel; no, vos no podeis jurar que para hacer vuestra felicidad es necesario infamar á toda una familia, no, vos no proseguireis este pleito.

El Cor. ¿Y qué venganza tomaré yo entonces?... Será preciso matarle? Concibo que os traeria mas ventajas... pero yo tengo tambien mis principios de moralidad, mi sistema.

Merig. Esos principios se plegaran cuando veais el daño que haria vuestra venganza. Tengo 60 años, Coronel, mi vida ha sido siempre austera y pura, y soy del pequeño número de aquellos que ni siquiera conciben como se puede tolerar un insulto... pues tened entendido que si no se tratase mas que de mí no os rogaria; pero hay detras de mí una persona á quien debo defender, á quien amo mas que á mi vida, es

esta mi hija. Tocad mis manos y las hallareis todavía húmedas de las lágrimas de desesperacion que ha derramado hace un rato al saber tan horrorosa noticia.

El Cor. (*Turbado.*) Vive Dios, caballero!...

Merig. El cielo ha concedido á mi hija una alma de escepcion... su corazon está formado de nobleza y dignidad... ah! un solo rasgo os la dará á conocer. Ella fué quien hizo ayer que se escapase vuestra muger.

El Cor. Me gusta la recomendacion por vida mia, quereis que le recompense tal favor?

Merig. Sí, Señor, porque la muger que ve á su rival introducida en su casa, la muger que mira á su rival en su poder, que no tiene que decir mas que una palabra para perderlá y la salva no obstante... esta muger es digna de respeto. Porque, decidme, ¿qué sería semejante pleito para tal muger?... Herida en su pudor y dignidad, envilecida á sus propios ojos... Caballero, no acontece á menudo que las canas se inclinen ante la juventud, y que digan: yo os lo ruego, los labios de un anciano; pero en este instante yo no soy viejo, ni hombre siquiera: soy tan solo padre, y un padre es el que os grita: "no perdais á mi hija."

El Cor. Basta, basta... me habeis enternecido, os tengo lástima, os venero, pero... cada uno tiene su dignidad que defender; yo lo siento en el alma, pero... no desisto.

Merig. (*Con despecho.*) En ese caso usad de vuestro derecho.—Nos asesinais.— (*Se deja caer en un sillon y oculta su rostro y sus sollozos con sus manos.*)

El Cor. (*Apartándose y volviendo con precipitacion.*) Voto va!... No se ha de decir jamas que he visto sin ablandarme llorar á un hombre que tiene canas; dad-

me papel y tintero... voy á escribir que desisto de mi queja.

Merig. (*Abrazándole.*) Bendito seais!...

El Cor. Bien lo merezco; pero escuchad, que vuestro condenado é infernal yerno salga de este pais al momento... es condicion espresa... que no lo vuelva yo á ver mas. (*Se sienta y escribe.*)

ESCENA VII.

EL CORONEL, MERIGNAN, ENRIQUE *que entra precipitadamente.*

Enr. (*Al Coronel.*) He sabido que estábais y me he apresurado á venir y traer armas. Allí están.

Merig. Detente, Enrique, no repitas ni una sola palabra de insulto al Señor; porque cualquier ofensa que le hagas la tomo yo como hecha á mí.

Enr. Nada habrá que me prive del gozo de matarle.

Merig. Infeliz!... Ha venido á salvarte.

Enr. Yo no quiero de él sino cinco minutos de valor, si puede hallarlos. (*El Coronel se encoje de hombros. Enrique quiere arrojarse á él.*)

Merig. (*Deteniéndole.*) Me escucharás, alma de Cain?... Yo soy casi tu padre, y te mando que me escuches. No se trata ni de valor, ni de fanfarronadas; se trata solo del honor; entiendes, del honor. Este caballero tiene el tuyo en su mano. Con pronunciar una palabra, tú y tu esposa estais perdidos, tú y tu cómplice infamados — y siendo esto así; sabes lo que está escribiendo?... que desiste de su queja.

El Cor. (*A Enrique.*) Os ruego que no creais que lo hago por vos.

Merig. Y por tamaño favor solo pide que os ausenteis de estos contornos.

El Cor. Lo exijo.

Enr. Exigirlo!... Pues no saldré de aqui. —

Merig. No saldrás!... y crees tú, loco, que no tendré yo fuerza para obligarte á hacerlo? Crees, por ventura, que, cuando yo me he humillado á la súplica á fin de tapar tu crímen, cuando tengo entre mis manos la salvacion de mi hija, te dejaré proseguir en la carrera de tus imprudencias.

Enr. Y qué hareis? —

Merig. Tú no sueñas mas que desafios. Creeme, Enrique, ó juras alejarte al instante de aquí, ó eres el verdugo de mi hija; y en este último caso, no saldrás con vida de este cuarto. (*Entra un criado.*)

Garcia
f.-D.

Merig. Qué se ofrece?

El Criado. Un hombre á caballo trae esta carta para el Sr. Coronel; viene de parte del Sr. Príncipe de Miré. Dice que es urgente.

El Cor. (*Leyendo.*) Ah! ah!... (*Da la carta á Merignan.*) Leed, Señor, leed alto.

Enr. Qué pasa en mí? por qué tiemblo?

Merig. Es del Príncipe!... (*Lee.*) "Amigo y sobrino, voy á anunciarte una desgracia, Cecilia ha vuelto á casa, pero ha perdido enteramente la razon. Regresa presto. —

Enr. Dios mio!

El Cor. (*Furioso.*) Entendeis?... entendeis?... Señor seductor!... está loca!...

Enr. Me iré, me iré.—

El Cor. Al sepulcro!...

Enr. ¿Quereis por fin batiros?...

El Cor. Sí, sí? —

Enr. A muerte. —

El Cor. A muerte. —

Enr. Ahora mismo.

El Cor. Ahora. (*Entran ambos.*)

Luisa. (*Sale con precipitacion.*) No están? qué se ha hecho!...

Merig. Qué le quieres? —

Luisa. He oido la voz del Coronel, dónde está Enrique?...

Merig. Tranquilízate, Luisa.

Luisa. Un desafio. —

Merig. No, no.

Luisa. Dios mio!... un desafio!... para qué los habeis dejado salir? — (*Se oye la esplosion de un pistoletazo.*) Cielo!... un pistoletazo!...

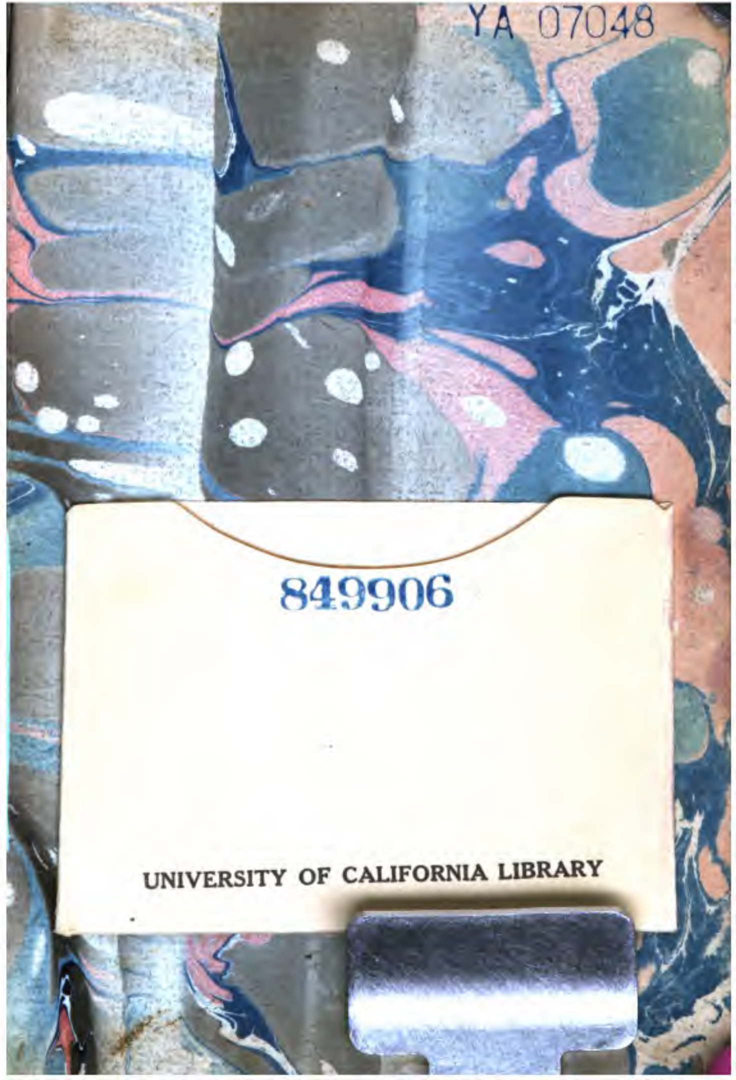
Merig. (*Aparte.*) Pronto ha sido. —

Luisa. Dios mio!... Dónde está Enrique? (*Se abre la puerta del gabinete y aparece el Coronel.*)

El Cor. Allí, muerto. — (*Cae Luisa en brazos de su padre.*)

FIN DEL DRAMA.

Puede representarse.
Toledo 21 de Set.e de 1846.
El Censor



YA 07048
849906
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

